

## Capítulo 215

Fulton no podía comprender del todo la situación actual.

No, era natural que no pudiera entenderla.

Nunca había visto a un elfo en persona.

La relación entre el Reino Aliado y los elfos no era especialmente buena.

Incluso en el mercado de esclavos, apenas había visto a algún elfo.

Sin embargo, ahora, ante sus propios ojos, había más de diez.

Y no eran elfos cualquiera.

Eran, sin lugar a dudas, guerreros formidables.

Tras confirmar su destreza, Fulton envolvió inmediatamente su cuerpo en maná.

Aún no podía comprender la situación por completo.

¿Por qué había elfos cerca del reino de Asteria?

¿Por qué mencionaban al marqués Palatio con tanta furia?



Fulton no tenía ni idea.

Pero había una cosa que entendía con absoluta certeza.

«Peligro».

La situación no le favorecía.

«Debo escapar inmediatamente».

Fulton liberó su maná sin dudarlo.

Una ola de energía azul se dispersó en todas direcciones.

Los elfos reaccionaron instintivamente, moviéndose para interceptarlo.

Pero antes de que pudieran responder por completo, el maná que Fulton liberó se transformó en una niebla negra que les nubló la vista.

«!?»

Mientras los elfos dudaban momentáneamente, confundidos, Fulton sonrió y se dio la vuelta.

«Deberían haberme capturado en lugar de perder el tiempo hablando».

En términos de capacidad de combate, Fulton era en realidad uno de los más débiles dentro de las filas ejecutivas de la Mano Negra.



Algunos incluso lo consideraban demasiado débil para merecer su puesto.

Sin embargo, a pesar de esas valoraciones, nadie en la Mano Negra protestó jamás por su estatus.

Había una razón para ello.

Sus habilidades de sigilo eran absurdamente poderosas.

En particular, su habilidad única: transformar su maná en niebla.

Una vez desplegada, incluso aquellos que intentaran detectarlo con magia no lograrían localizarlo.

«Primero, tengo que escapar e informar de esta situación».

Fulton se puso en marcha de inmediato...

Y perdió el conocimiento.

«-?»

Su mente volvió a la conciencia en un instante.

Lo primero que percibió fue un dolor insopportable en el costado.



A continuación, se dio cuenta de algo más...

Algo lo había golpeado dentro de su propia niebla y lo había enviado volando.

Y, finalmente, su último pensamiento discernible...

«Hmm... así que este es el que intentó hacer daño al querido amigo del Gran Señor».

«¡Kugh...!»

Una mano enorme le agarró por el cuello y lo levantó sin esfuerzo, como si fuera a aplastarle el cráneo.

Pertenecía a un hombre lagarto de gran estatura, cuyo enorme cuerpo eclipsaba cualquier cosa que Fulton hubiera visto jamás.

Mientras la amenazante expresión del hombre lagarto se cernía sobre él, los ojos de Fulton se abrieron con sorpresa.

«... Lagarto, ¡no te atrevas a robar nuestro mérito!».

La voz de un elfo se interpuso de repente.

El hombre lagarto se burló, apretando el agarre alrededor del cuello de Fulton.

«Qué tontería. Simplemente atrapamos lo que tú no pudiste atrapar».



«¡Ni siquiera sabían dónde estaba antes de que lo encontráramos!».

«Da igual, si lo hubieras dejado escapar, el querido amigo del Gran Señor, el marqués, podría haber tenido problemas».

«Lo habríamos capturado sin tu interferencia».

Como si siguieran un guion, los dos comenzaron a discutir en voz alta.

Fulton solo podía mirar, completamente desconcertado.

Los que estaban ante él eran elfos y un hombre lagarto...

razas que rara vez, por no decir nunca, se veían en el Reino Aliado.

Y a juzgar por su conversación...

parecía que estaban protegiendo al marqués Palatio.

No solo lo custodiaban, sino que reivindicaban con fiereza el derecho a hacerlo, incluso hablando con el mayor respeto.

Lo que significaba...

«... ¿Quién es él?».



Fulton recordó la apariencia aparentemente normal del marqués Palatio.

En ese momento...

«Los elfos son demasiado ruidosos. Y lo que es más importante...».

Una sonrisa escalofriante se extendió por el rostro del hombre lagarto.

«¿Qué tal si charlamos un poco primero?».

Cuando la mirada del hombre lagarto se posó en él, Fulton se dio cuenta de que...

«Oh».

Algo había salido terriblemente mal.

\*\*\*

«¿Qué quieres decir con eso?»

«Bueno, en pocas palabras, te estoy preguntando si estás enamorado».

La voz de Siyan era tan informal como si estuviera preguntando por los planes para la cena.

Alon dudó antes de negar lentamente con la cabeza.

«No existe tal relación entre nosotros».

«¿Es así?».

«Pero, ¿puedo preguntarle por qué me pregunta esto?».

Siyan se tocó los labios con el dedo índice y luego habló con indiferencia.

«Es solo algo que me ronda por la cabeza».

«... ¿Algo en tu mente?».

«Sí. No es algo que deba preocupar al marqués. Solo es curiosidad personal».

«¿Puedo preguntarle qué es lo que le intriga?».

Ante la pregunta de Alon, Siyan hizo una pausa, dejó escapar un murmullo pensativo y luego esbozó una sonrisa enigmática.

«Te lo diré la próxima vez que vengas a verme».

«¿Ah, sí?»

«Así, vendrás directamente a verme en cuanto termines tu trabajo, ¿verdad?».



Alon se estremeció por un instante.

«Ella lo sabía».

Manteniendo una expresión neutral, desvió la mirada.

«... Mis disculpas, Su Majestad».

«No pasa nada. Solo era una broma».

Siyan soltó una suave carcajada.

Entonces, como si de repente recordara algo, frunció ligeramente el ceño.

Suspirando levemente, extendió algo hacia Alon.

Era una caja llena de camotes.

«Mis disculpas. Lo había olvidado».

«... No pasa nada».

«Come. Los preparé cuando vino el cardenal, así que aún deben estar calientes».

Como si fuera lo más natural del mundo, Siyan le entregó las batatas.



Alon inclinó respetuosamente la cabeza.

«Los comeré con gratitud».

«Tómate tu tiempo».

Siyan observó con satisfacción cómo Alon, ya acostumbrado a la rutina, daba un bocado con destreza.

\*\*\*

«... ¿Por qué me siento como un mono en un zoológico?»

Aunque la presión había disminuido en comparación con la última vez, seguía teniendo una extraña sensación.

Durante un rato, el único sonido que llenaba el aire era el silencioso masticar de las batatas.

«Ahora, vamos a escuchar tu informe».

Después de confirmar que Alon había terminado de comer, Siyan enderezó la postura.

Alon recordó lentamente todo lo que había sucedido en Greynifra y luego comenzó a relatar los acontecimientos sin omitir ningún detalle.

Pasó algún tiempo mientras continuaba el informe.

«Hoh~ Entonces, ¿al final te has convertido en el dios de los elfos?».

«... Algo así».

Cuando Siyan le preguntó con evidente diversión, Alon dudó, pero finalmente lo admitió.

Ella asintió con la cabeza, como si por fin hubiera entendido algo.

«Por eso dijiste que eran de gran ayuda».

Ella reflexionó por un momento.

«Por casualidad, ¿has recordado algún otro recuerdo además de este?».

Siyan se encogió de hombros.

«No, no lo he hecho».

«¿Ah, no?».

Entonces...

«Bueno, hay uno. Aunque no tiene relación con el marqués».

Añadió con una sonrisa juguetona.



Alon se quedó en silencio un momento antes de responder.

«Ya veo».

«Esta conversación va a llevar un rato».

«En efecto. Te lo diré cuando recuerde el siguiente recuerdo».

Luego, levantó el dedo índice y le levantó suavemente la comisura de los labios a Alon.

«Pero si sigo alargando esto demasiado, podrías perder el interés. Así que te daré una pequeña pista para mantenerte intrigado».

Su voz era tan serena como si estuviera jugando con él en la palma de su mano.

«En el fugaz recuerdo que vi, apareció la cardenal Yutia, aunque tenía un aspecto algo diferente al actual».

«¿Una apariencia diferente?».

«Sí. Llevaba el pelo peinado hacia un lado y también vestía de forma diferente».

Siyan imitó el gesto con su mano libre, peinándose el cabello hacia un lado.



Ante la ligera presión en su rostro, Alon apenas reaccionó, y Siyan finalmente retiró los dedos.

«Eso es todo. Te contaré el resto la próxima vez».

«¿Ah, sí?»

«Ah, y para que lo sepas...».

Una risa juguetona resonó en la sala de audiencias.

«Yutia está muy guapa con ese peinado».

«... Ya veo».

La respuesta de Alon tardó un poco más en llegar.

La sonrisa de Siyan se hizo aún más profunda.

«Entonces, supongo que nos veremos dentro de tres meses, o más bien cuatro, ya que hay una conferencia del Reino Aliado».

Con eso, la audiencia llegó a su fin.

De alguna manera, Alon sintió como si le hubieran vaciado de energía.

Cuando finalmente regresó al castillo interior, vio a Yutia esperándolo junto con Evan.



«¿Ha terminado todas sus tareas, mi señor?».

«Sí, ya he tenido mi audiencia con Su Majestad, así que debería irme ahora. Pero...».

Alon, que había estado respondiendo con naturalidad, se detuvo de repente con una expresión peculiar.

En solo un instante...

«... ¿Estás de buen humor?».

La expresión de Yutia parecía notablemente más alegre de lo habitual.

—¿Hmm? ¿Parezco estar de buen humor? Quizás sea porque pude verte, mi señor.

«¿Ah, sí?»

Sin embargo, ella parecía aún más complacida que eso...

«Sí. Y además, tuve la oportunidad de hablar con alguien con quien realmente puedo conversar».

«¿Te refieres a Su Majestad?».



«Así es, mi señor. Últimamente he estado viajando bastante, conociendo a mucha gente y, sorprendentemente, Su Majestad es mucho más accesible de lo que esperaba».

«La ha visto antes, ¿verdad?».

«Nunca había tenido la oportunidad de tener una conversación propiamente dicha con ella hasta ahora. En cualquier caso, es una persona muy buena. Quizá por eso me siento así».

«Bueno, si ese es el caso...».

Alon asintió sin hacer más preguntas.

Entonces Yutia preguntó.

«Entonces, mi señor, ¿hacia dónde se dirige ahora?».

«Tengo asuntos que atender en el norte, así que me dirijo hacia allí».

«Entonces podemos viajar juntos».

Alon arqueó una ceja.

«.....? ¿Te diriges al norte?»

«Sí, tengo algunos asuntos que atender allí».



«... Si es algo en el norte, ¿tiene que ver con la base avanzada de Caliban?».

«Así es».

Alon asintió con la cabeza, sin encontrar ninguna razón para negarse.

«Entonces podemos viajar juntos».

Y así, sin más, quedó decidido su viaje.

«Eso es bueno».

murmuró Yutia mientras miraba a Alon.

«¿Es así?»

«Sí. En cuanto al motivo...».

Sus ojos se curvaron suavemente, como delicados pétalos mecidos por la brisa.

«Cuando fuimos a ver las flores de luna la última vez, ya te lo dije, ¿no? Así que no lo volveré a decir».

\*\*\*

Al día siguiente.

Alon y Yutia partieron de Teria y se dirigieron a Caliban.

Durante el camino, Yutia reveló el motivo por el que se dirigía al norte.

«Por el Papa, ¿eh?».

El papa de Rosario, Leretelios III, llevaba varios años recluido y rara vez se dejaba ver.

Ella explicó que viajaba hacia el norte por orden suya, pero Alon sintió que algo no cuadraba.

No, más precisamente, le parecía sospechosa la reclusión del Papa.

«En la historia original, el Papa sí se recluyó, pero cuando comenzó la trama, se suponía que aún no debía estar recluido, ¿verdad?».

Con esa idea en mente, Alon llegó finalmente a Caliban después de aproximadamente un mes.

Inmediatamente se dirigió a la finca de Deus.

Y allí...

Lo vio.



Una estatua ricamente adornada, mucho más extravagante que cualquier otra cosa en la finca del marqués.

Ante ella, docenas de caballeros rezaban fervientemente.

Sin poder articular palabra, Alon fue conducido a la oficina por un caballero.

Y lo que vio a continuación fue...

«Hermano, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? ¡Tienes que inclinar la muñeca exactamente cinco grados!».

«¿Así?».

«¡No! ¡Así no! ¡Así~ ¡Así!».

«... ¿Así?»

Deus luchando con algo...

Y Sili corrigiendo meticulosamente su postura.

Por alguna razón, Alon sintió una abrumadora sensación de fatalidad inminente.